

Juan Marín

Domingo Melfi

Una radioemisora chilena acaba de darnos la inesperada noticia—hace pocos minutos—de que Domingo Melfi ha muerto. ¡Pérdida enorme para las letras chilenas esta de Domingo Melfi! Y no es un simple lugar común, un «clisé» necrológico esto que hemos escrito, es sólo una verdad. Ahora que Melfi ha desaparecido del escenario de las letras y del periodismo chileno, se valorizará mejor lo que él representaba como serenidad y ponderación, como factor de equilibrio y justeza en la caldeada arena de nuestros círculos, capillas y cenáculos literarios. Su estilo, limpio y pulcro, era el de un gran señor de las letras. Su juicio, el de un verdadero crítico. Su cultura, la de un maestro.

Tenía una formación intelectual universitaria y clásica y por eso estaba libre de la pedantería funambulésca de los autodidactas.

Allí en nuestro Santiago, en ciertos medios literarios en los cuales el resentimiento brota prematuramente en las almas y no se apaga ni siquiera bajo la fría

ceniza de los años, allí donde algún moderno Valbuena compone freudianamente sus esquemas literarios a base del apellido o de la «clase social» (sic) del autor, allí donde un autor ególatra y narcisista, en plena descomposición, no cesa un sólo instante de recordarnos que, hace cincuenta años, él fué un genio exquisito y efébrico, allí Domingo Melfi destacaba su señoría intelectual con viril espontaneidad y sobria compostura.

De la nota bibliográfica al ensayo, de la investigación histórica a la interpretación social, del apunte periodístico a la aguda reflexión filosófica. Melfi Demarco paseó su pluma con igual dominio y maestría. Su característica (en la personalidad y el estilo) era la medida, una medida tal vez muy gala a pesar de su linaje netamente itálico.

Perteneció Melfi a la más densa y homogénea de las promociones literarias chilenas: la de Barrios y Santiván, de Latorre y Astorquiza, de Durand y Crucega Santa María, de Prado y Gabriela Mistral, etc. Su obra es exigua pero firme: tres o cuatro volúmenes que salvan el prestigio de la crítica literaria chilena en el extranjero y que demuestran que el «ensayo no es un género totalmente ajeno a nuestras letras». Hay que recordar que el periodismo absorbió también una parte considerable de las energías de Domingo Melfi y que ello tal vez explique la brevedad de su labor impresa en libros.

Como director de «La Nación», como director de «Atenea», como redactor de «La Mañana» y «Zona

Central» de Talca, fué siempre un hombre desapasionado y justiciero, presto a estimular en todo momento a los escritores noveles y a corregir, benévolamente, a aquellos ya formados, sin regatear el elogio ni emponzoñar la crítica.

Pues, en su espíritu no habitó otra pasión que la del Arte y la Belleza ni otra finalidad que la perfección y la justicia.

Hombres como él, deberían vivir largo, mucho más largo, para bien de nuestra literatura.

San Salvador, 11 de enero de 1946.